



# HOMBRES DE BRONCE

HOPLITAS EN LA ANTIGUA GRECIA

Donald Kagan y Gregory F. Viggiano

EDITORES



HOMBRES DE BRONCE

DESPERTA FERRO



EDICIONES



Este casco de bronce fue encontrado en la bahía de Haifa (Israel) durante unos dragados. Tras su restauración por la תוקיטעה תוישר [Autoridad de Antigüedades de Israel], se reveló como un extraordinario ejemplar de casco corintio cerrado, asociado tradicionalmente a los hoplitas griegos. Fabricado por un artesano a partir de una lámina de bronce de menos de 2 mm de espesor con la técnica de la cera perdida, posee un protector nasal remachado de 11 mm de espesor que aporta una protección adicional al rostro. Está cubierto por un brillante baño dorado aún conservado, en parte, y que atestigua la riqueza y el elevado estatus de su dueño. Mediante cincelado se han añadido ricas decoraciones: dos serpientes enroscadas sobre los agujeros de los ojos, una palmeta o cola de pavo real en la frente y leones rampantes en las carrilleras. Un tipo de decoración poco frecuente en los cascos corintios, aunque tal vez más común en la Época Arcaica que en los siglos V y IV a. C. Este espectacular ejemplo de la metalurgia griega se encuentra en el ימואלה ימיה וואיזומה [Museo Marítimo Nacional] de Israel, en Haifa, que se alza frente al mar en el que el casco permaneció perdido durante 2600 años. Fotografía de Warhaftif Venezian Photographers para el ימואלה ימיה וואיזומה [Museo Marítimo Nacional]. Descripción cortesía de la תוישר תוקיטעה [Autoridad de Antigüedades de Israel] y de Jacob Sharvit.

# HOMBRES DE BRONCE

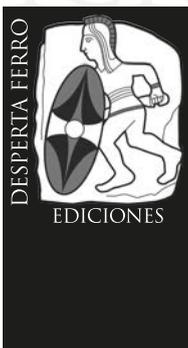
*Hoplitas en la antigua Grecia*

Donald Kagan y Gregory F. Viggiano

EDITORES

DESPERTA FERRO

EDICIONES



Hombres de bronce  
Kagan, Donald / Viggiano, Gregory F. (editores)  
Hombres de bronce / Kagan, Donald / Viggiano, Gregory F. (editores) [traducción de Fernando Echeverría Rey].  
Madrid: Desperta Ferro Ediciones, 2017. – 376 p. ; 23,5 cm – (Historia Antigua) – 1.ª ed.  
D.L.: M- 25730-2017  
ISBN: 978-84-945187-5-1  
94(38) 355.01  
355.242 355.422-611

## **HOMBRES DE BRONCE**

### ***Hoplitas en la antigua Grecia***

Donald Kagan y Gregory F. Viggiano (eds.)

Título original:

*Men of Bronze. Hoplite Warfare in Ancient Greece*

First Published by Princeton University Press.

Published by arrangement with International Editors Co. and Princeton University Press

All rights reserved. No part of this book may be reproduced or transmitted in any form or by any means, electronic or mechanical, including photocopying, recording or by any information storage and retrieval system, without permission in writing from the Publisher.

Publicado según el acuerdo con International Editors Co. y Princeton University Press

Todos los derechos reservados

© 2013, Princeton University Press

ISBN: 978-0-691-16845-6

© de esta edición:

*Hombres de bronce*

Desperta Ferro Ediciones SLNE

Paseo del Prado, 12 - 1.º derecha

28014 Madrid

[www.despertaferro-ediciones.com](http://www.despertaferro-ediciones.com)

ISBN: 978-84-945187-5-1

D.L.: M- 25730-2017

Traducción: Fernando Echeverría Rey

Diseño y maquetación: Raúl Clavijo Hernández

Coordinación editorial: Mónica Santos del Hierro

Primera edición: noviembre 2017

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Todos los derechos reservados © 2017 Desperta Ferro Ediciones. Queda expresamente prohibida la reproducción, adaptación o modificación total y/o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento ya sea físico o digital, sin autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo sanciones establecidas en las leyes.

Impreso por: Estudios Gráficos Europeos, S.A.

Impreso y encuadernado en España – *Printed and bound in Spain*

---

# ÍNDICE

Prefacio	
<i>Donald Kagan y Gregory F. Viggiano</i> .....	VII
Introducción	
<i>Donald Kagan y Gregory F. Viggiano</i> .....	IX
<b>CAPÍTULO 1</b> <i>Donald Kagan y Gregory F. Viggiano</i>	
La reforma hoplita .....	1
<b>CAPÍTULO 2</b> <i>Gregory F. Viggiano y Hans van Wees</i>	
Equipamiento e iconografía de la guerra hoplita en la Época Arcaica .....	73
<b>CAPÍTULO 3</b> <i>Paul Cartledge</i>	
<i>Hoplítai / Polítai. Volver a combatir antiguas batallas</i> .....	91
<b>CAPÍTULO 4</b> <i>Anthony Snodgrass</i>	
El marco cronológico .....	103
<b>CAPÍTULO 5</b> <i>Kurt. A. Raaflaub</i>	
El combate griego de infantería en el contexto del Mediterráneo .....	115
<b>CAPÍTULO 6</b> <i>Gregory F. Viggiano</i>	
La revolución hoplita y la aparición de la <i>pólis</i> .....	133
<b>CAPÍTULO 7</b> <i>Peter Krentz</i>	
El infierno hoplita. Cómo combatían los hoplitas .....	157

**CAPÍTULO 8** *Adam Schwartz*

Armas grandes, griegos pequeños.

Las limitaciones prácticas del equipamiento hoplita ..... 181

**CAPÍTULO 9** *John R. Hale*

Ni patriotas, ni campesinos, ni aficionados.

Los soldados de fortuna griegos y el origen de la guerra hoplita ..... 201

**CAPÍTULO 10** *Lin Foxhall*

¿Podemos ver la «Revolución Hoplita» sobre el terreno?

Paisajes arqueológicos, cultura material y estatus social  
en la Grecia arcaica ..... 221

**CAPÍTULO 11** *Hans van Wees*

Campeños y hoplitas. Modelos de desarrollo histórico ..... 251

**CAPÍTULO 12** *Victor Davis Hanson*

La narrativa hoplita ..... 291

Participantes ..... 313

Bibliografía ..... 317

Índice analítico ..... 341

---

## PREFACIO

*Donald Kagan y Gregory F. Viggiano*

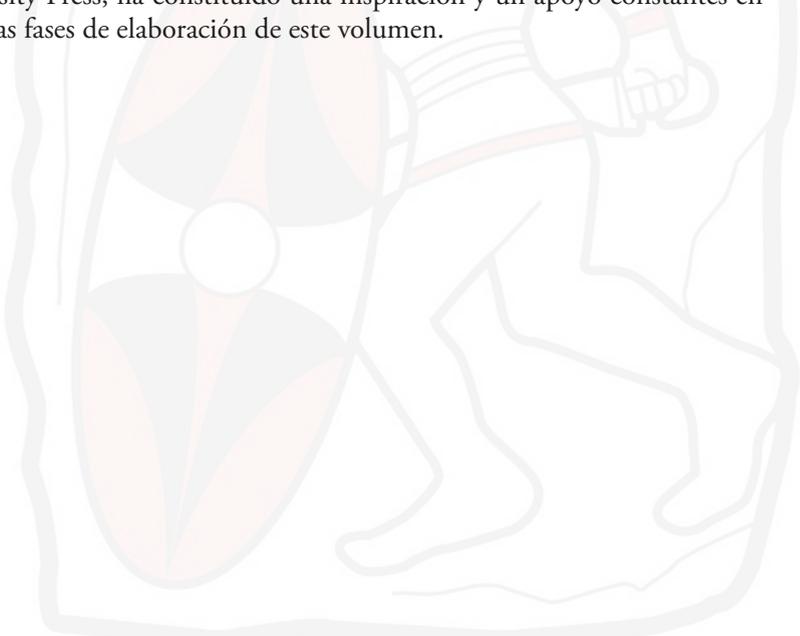
Los artículos publicados en este volumen corresponden a las intervenciones en un congreso sobre la guerra hoplita en la Grecia arcaica celebrado en la Universidad de Yale en abril de 2008. La idea de llevar a cabo dicho congreso surgió de un animado debate que tuvo lugar en una mesa redonda («New perspectives on ancient warfare») presentada en la reunión anual de la American Philological Association en San Diego, en enero de 2007. Entre los asistentes, Gregory Viggiano defendió las tesis de Victor Davis Hanson en *The Western Way of War* y *The Other Greeks* frente a las posturas sostenidas por Peter Krentz y Hans van Wees, ambos investigadores decidieron continuar el debate en un contexto formal. Más tarde, Viggiano comentó con Donald Kagan la oportunidad única que supondría reunir a los principales expertos sobre el tema para que pudiesen airear sus diferencias cara a cara en Yale, y una serie de conversaciones posteriores con Paul Cartledge contribuyeron a facilitar la organización.

Las diferentes sesiones del congreso presentaron para debatir una amplia variedad de temas en torno a la ortodoxia hoplita y los intentos por revisarla: 1) cuestiones relacionadas con el origen de las tácticas y del armamento empleados por el hoplita (guerrero de infantería de armamento pesado) griego que combatía en formación cerrada en defensa de la autonomía de su ciudad-estado (*pólis*); 2) cuestiones en torno a las consecuencias políticas, económicas y sociales del nuevo sistema de combate; y 3) cuestiones sobre el impacto de la guerra hoplita en la cultura griega en general. Todos estos temas se han situado en los últimos años en el centro de uno de los debates más dinámicos e importantes en los ámbitos de los estudios clásicos y la historia política y militar antigua.

Queremos dar las gracias a todos aquellos que colaboraron en el éxito del congreso de Yale, que se celebró en el Hall of Graduate Studies del campus. Nuestra primera preocupación a la hora de organizar un encuentro internacional de esta índole era asegurarnos de que los investigadores estuviesen dispuestos a asistir y participar, por lo que agradecemos a todos los participantes que compartiesen nuestro entusiasmo por la idea. Tuvimos

la inmensa suerte de contar con la inestimable ayuda de Susan Hennigan para organizar los desplazamientos y el alojamiento de los invitados y para encargarse de la logística (comidas, programación, equipo audiovisual, etc.) del acto; un asistente señaló incluso que la razón de que todo el mundo se hubiese llevado tan bien había sido la abundancia de buena comida. A las sesiones asistieron tanto profesores como alumnos de grado y posgrado de Yale, así como profesores de la Sacred Heart University, especialmente del departamento de Historia. Numerosos investigadores y alumnos de universidades lejanas (incluso de la costa oeste), y gente de la comunidad de New Haven, se acercaron también hasta el congreso, por lo que debemos una especial gratitud al International Security Studies (ISS) y al departamento de Clásicas de Yale pues sin su generosidad el congreso no hubiese sido posible. Debemos mencionar sobre todo a Ted Bromund, del ISS, por su dedicación al proyecto, y a la catedrática Christina Kraus, directora del departamento de Clásicas de Yale, por su apoyo. Rob Tempio, de Princeton University Press, ha constituido una inspiración y un apoyo constantes en todas las fases de elaboración de este volumen.

DESPERTA



EDICIONES

---

## INTRODUCCIÓN

*Donald Kagan y Gregory F. Viggiano*

El estudio de la guerra griega antigua comienza con la reconstrucción de las técnicas de combate a partir de los restos arqueológicos del Bronce Final (1600-1100 a. C.), cuando, al parecer, el carro de guerra constituía, al igual que en el resto del Próximo Oriente, la principal arma ofensiva en el ejército del rey. Durante el caos que siguió al colapso de la civilización de la Edad del Bronce, sin embargo, la infantería encontró la forma de contrarrestar las cargas de las unidades de carros, mientras que el periodo siguiente, entre los siglos XI y VIII a. C., al que los investigadores denominan la «Época Oscura»,<sup>1</sup> es de interés para el historiador militar por la introducción de armas de hierro, aunque para los griegos esta era la Edad de los Héroe, cuyo más testigo más célebre fue el poeta Homero.

En su formulación más básica, la ortodoxia hoplita mantiene que en torno a 700 a. C. se produjeron en la guerra griega cambios fundamentales que tuvieron una importancia crucial en el nacimiento de la *pólis*. Antes de esa «revolución» en el equipamiento y en las tácticas, los aristócratas dominaban la guerra, luchando con proyectiles a distancia y con espadas cuerpo a cuerpo, como campeones «heroicos» cuyo equipamiento incluía una lanza corta arrojadiza, un casco con apertura frontal, un escudo circular de una sola asa y una espada. En la medida en que estos «héroe» sostenían el peso del combate en la defensa de sus comunidades, mantenían también un monopolio sobre el poder político, un estilo de combate y un comportamiento ético propios de este periodo, cuya expresión más perfecta son los héroes de naturaleza semidivina que aparecen en la *Iliada*: recordemos, por ejemplo, los famosos duelos entre Menelao y Paris, Héctor y Áyax y, en especial, entre Aquiles y Héctor. Este último aprendió a ser siempre valiente y a combatir en vanguardia, mientras que a Aquiles le enseñaron a ser el mejor y a destacar siempre sobre los demás para obtener gloria personal. De acuerdo con el consenso actual, Homero se sitúa en la segunda mitad del siglo VIII a. C. y la *Iliada* presenta una imagen idealizada de la guerra antes de la *pólis*.

La guerra cambió, sin embargo, a comienzos del siglo VII a. C. con la introducción del escudo hoplita y su doble abrazadera y de la formación cerrada

de la falange. En este nuevo estilo de combate, el guerrero sustituyó sus lanzas arrojadas por una lanza pesada de acometida; el nuevo escudo, además, mucho más grande, pesado y difícil de sostener que los modelos de una sola asa, tenía pleno sentido solo dentro de una formación cerrada donde cada guerrero podía proteger su costado derecho detrás del escudo del compañero situado a su derecha, por lo que los hombres se organizaban en filas ordenadas con un espacio de un metro entre cada hombre y en columnas de ocho hombres en fondo. La falange precisaba muchos más hombres y mucha mayor cohesión que las formaciones abiertas de la Época Oscura, y en ella era fundamental que cada hombre mantuviese su puesto en la formación para proteger a su compañero y romper así la formación del enemigo.

Mientras que durante la Época Oscura los guerreros combatían como una masa desorganizada, abierta y fluida subordinada a la élite, los hoplitas pasaron a desempeñar un papel decisivo en la falange: al contrario que los héroes homéricos, que buscaban solo el honor individual, los hoplitas que aparecen en las elegías de Tirteo debían mantener su posición en la falange para ganar así gloria para su ciudad. La falange griega representaba un caso único en la guerra antigua, pues cada guerrero era un ciudadano en su comunidad y debía aportar sus propias armas para participar en su defensa. Los hoplitas conformaban un estrato social intermedio,<sup>2</sup> lo suficientemente rico como para permitirse una panoplia propia, pero carente de los ancestros divinos y las extensas posesiones de la aristocracia. Por otra parte, su nueva importancia militar puso a los hoplitas en disposición de exigir un mayor poder político frente a los aristócratas que ahora combatían codo con codo junto a ellos y con idéntica técnica; en algunas ciudades, los hoplitas apoyaron a uno de esos aristócratas para que accediese a la tiranía y derrocarse a sus iguales, en una revolución que significó el fin de las aristocracias cerradas y abrió el camino hacia la democracia. La mesa redonda y el debate celebrados por la American Philological Association mostraron hasta qué punto la ortodoxia hoplita ha quedado asociada, en las últimas dos décadas, a la obra de Victor Davis Hanson.<sup>3</sup> A pesar de la innegable influencia que los trabajos de Hanson (particularmente *The Western Way of War* y *The Other Greeks*) han ejercido sobre la cuestión, la «gran narrativa hoplita» ha ido tomando forma lentamente a lo largo de más de 150 años.<sup>4</sup>

La primera versión de lo que sería la ortodoxia hoplita la presentó George Grote, entre 1846 y 1856, en su célebre edición en doce volúmenes de la *Historia de Grecia*. Su descripción del nacimiento de la *pólis* contenía ya todos los rasgos característicos de la teoría posterior: una revolución de las tácticas militares tuvo lugar en Grecia al mismo tiempo que el paso político de las monarquías a las repúblicas, en un periodo en el que los campesinos medios crecieron en número y en importancia y se integraron en las filas de la falange; en ese momento, los griegos

transformaron sus instituciones políticas y pasaron de reinos heroicos a oligarquías cerradas en las que el derecho a ostentar los cargos más altos se basaba en la posesión de ancestros divinos o heroicos. Para Grote, la *Iliada* no aportaba información histórica precisa, pero era un testigo fiable de la guerra y la sociedad del siglo IX a. C. Los campeones homéricos habían exhibido un equipamiento y unas habilidades de combate superiores a los del guerrero común, tanto en el combate a larga como a corta distancia, pero, durante los siglos VIII y VII a. C., la falange se convirtió en el impulso de la transformación política, cultural y militar en Grecia; el hoplita, con un puesto y una función en combate asignados, convirtió lo que había sido una masa desorganizada e ineficaz en un grupo disciplinado que luchaba por una victoria común.

Grote señala, además, que la disciplina de la falange permitió a los guerreros ciudadanos comprender sus derechos y deberes, civiles y sociales, al convertir a la *pólis* en su principal responsabilidad. El ciudadano común no consiguió demasiado poder al principio, pero la revolución intelectual que se produjo con la aparición de las primeras oligarquías le inculcó la mentalidad de no aceptar un papel subordinado dentro de la *pólis*. Una segunda revolución tuvo lugar en el siglo VII a. C., cuando los hoplitas apoyaron a los tiranos en algunas ciudades para romper el monopolio del poder por parte de las aristocracias, una «edad de los tiranos» que supuso, de hecho, el ascenso de un grupo de ciudadanos con pequeñas propiedades a los que no importaba apoyar a un tirano por un cierto tiempo. Durante ese siglo, sin embargo, se extendió el rechazo generalizado a la idea del gobierno hereditario y permanente, pues iba en contra de los principios de la *pólis*. Según Grote, el hoplita ciudadano, campesino medio independiente, protagonizó los cambios políticos y sociales más profundos de la *pólis* temprana, una figura que, imbuida de la idea de igualdad a partir de su entrenamiento en la falange, fue determinante también en la evolución de Esparta, a pesar de que los espartanos evitaron la tiranía y disponían de una población sometida que trabajaba sus campos. Atenas, por otra parte, conservó su oligarquía tras Solón, pero concedió a su sector de medianos campesinos el poder suficiente para enfrentarse a los aristócratas.

Algunas de las aportaciones más importantes a la cuestión hoplita se han realizado desde el campo de la arqueología científica a lo largo del siglo XX: Wolfgang Helbig, por ejemplo, empleó en 1909 los hallazgos más antiguos de equipamiento hoplita para determinar el momento en el que los griegos adoptaron la falange por vez primera; la aparición de la falange en la iconografía (en el Vaso Chigi en particular) fue la base en la que Martin Nilsson apoyó su formulación clásica de la ortodoxia hoplita en 1929;<sup>5</sup> Lorimer se convirtió en la primera especialista inglesa en utilizar los objetos arqueológicos, la pintura vascular sobre todo, para fechar

los orígenes de la falange. Grote había tenido que apoyarse en los poemas homéricos para reconstruir la guerra griega arcaica y la aparición de la *pólis*, pero ahora los especialistas podían valerse de hallazgos físicos para elaborar argumentos más precisos y ofrecer así un marco que posibilitase debates más detallados. Nilsson, por ejemplo, pensaba que las elegías de Tirteo no ofrecían una prueba concluyente de la existencia de la falange en el siglo VII a. C., debido a sus referencias a «combatientes de vanguardia» (*prómachoi*), que evocaban a los héroes homéricos; los escudos redondos de las figuras representadas en las pinturas y de las figurillas de plomo dedicadas en el templo de Ártemis Ortia en Esparta, sin embargo, parecían no dejar lugar a dudas:<sup>6</sup> la falange debía de haberse desarrollado en un periodo largo de tiempo y la transición tal vez se prolongó hasta la época del Vaso Chigi, a mediados del siglo VII a. C. Por otra parte, el sistema censitario de Solón demostraba que el principio de que los ciudadanos aportasen su propio armamento para defender la *pólis* a cambio de sus privilegios políticos se encontraba ya establecido a comienzos del siglo VI a. C., por lo que Nilsson concluyó que esta práctica debía de haberse introducido mucho antes.

Según Lorimer, el final del combate a distancia característico del siglo VIII a. C. vino marcado por un único cambio estructural en el escudo redondo con telamón:<sup>7</sup> la sustitución del asa central por una banda metálica (*pórpax*) en la que el hoplita ajustaba su antebrazo hasta el codo y una segunda asa (*antilabé*) en el borde interior del escudo que el portador podía agarrar con su mano. Eso supuso la creación de un escudo apto para un único tipo de combate: mientras que el modelo de un solo asa era fácil de maniobrar, el escudo de doble abrazadera condenaba al hoplita a la formación cerrada de la falange, que le aseguraba la máxima protección mientras la formación se mantuviese firme; ello impulsó también al guerrero a abandonar las lanzas arrojadas propias del héroe homérico en favor de la lanza de acometida. Lorimer fechó este trascendental cambio en torno a 675 a. C., y afirmó que, en aquella época, los pintores de Corinto y Atenas representaban ya la panoplia hoplita y las formaciones cerradas características de la falange; las figurillas de plomo de guerreros con equipamiento hoplita de Esparta parecían confirmar también la fecha. Lorimer explicó además las anomalías de los poetas líricos afirmando que empleaban expresiones homéricas y que los fragmentos conservados contenían interpolaciones.

Al igual que Grote, Nilsson y Lorimer relacionaron a los tiranos griegos arcaicos con la aparición de la clase media hoplita. En 1956, Andrewes aplicó además en una obra fundamental la teoría aristotélica del paso de los sistemas políticos griegos desde aristocracias a democracias, y en la cual el elemento más importante la constituía la fuerza militar: la *pólis* primitiva se había apoyado para su defensa en la caballería, que solo los

más ricos podían costear, mientras que, en la fase siguiente, los medianos campesinos generaron riqueza suficiente para adquirir su propia panoplia hoplita; en la última fase, la democracia y el poderío naval concedieron poder político a aquellos que remaban en las naves, los pobres y sin tierras, pero Andrewes mantuvo que, antes de esa fase, una serie de revoluciones hoplitas desempeñó un papel fundamental a la hora de transferir el poder de las aristocracias cerradas a un grupo mucho más amplio de ciudadanos. Aristóteles no llega a afirmar que los hoplitas apoyasen a los tiranos en sus luchas contra la aristocracia, pero Andrewes consideraba fuera de toda duda que esa conexión se produjo. En su reconstrucción del ascenso de los tiranos, de Cipselo a Pisístrato, todas las ciudades fueron adoptando la falange una tras otra y concediendo poder a los ciudadanos que luchaban en ella para poder así competir con sus vecinos y evitar guerras civiles; los hoplitas, por su parte, terminaron expulsando a los tiranos del poder e instaurando oligarquías amplias en su lugar.

La obra de Snodgrass, en la década de 1960, supuso el primer ataque sistemático a la ortodoxia hoplita, ataque que ha continuado hasta la actualidad. En sus estudios sobre el armamento griego, desconocido en gran medida para los especialistas anteriores, llegó a la conclusión de que la adopción de la panoplia hoplita fue «un proceso largo y progresivo» y de que el escudo de doble abrazadera *no implicaba* necesariamente la existencia de la falange; afirmaba también que la falange no se desarrolló plenamente hasta después de *ca.* 650 a. C., demasiado tarde como para intervenir en el ascenso al poder de los tiranos y en los restantes cambios revolucionarios asociados a la aparición de la *pólis*. Fueron los aristócratas, de hecho, los que integraron la falange al principio, mientras que los medianos campesinos necesitaron cierto estímulo para incorporarse a ella, pues los guerreros aristocráticos adoptaron la *panoplia* hoplita antes del desarrollo de la *táctica* hoplita. Posteriormente, las necesidades de la falange y de su formación compacta obligaron a la élite a reclutar a sectores sociales más bajos, reacios a integrarse, para llenar las filas.

Como respuesta a la tesis de Snodgrass del desarrollo gradual de la falange, Cartledge propuso ciertos matices a la teoría del cambio abrupto: ante todo, incidió en la naturaleza del escudo de doble abrazadera y en sus serias limitaciones para las tácticas *desorganizadas* de la guerra prehoplita, y propuso que el diseño del escudo indicaba que había sido creado con un nuevo estilo de combate en mente, puesto que el cambio táctico hacia un sistema de combate cuerpo a cuerpo más organizado había empezado ya a producirse. La protección frontal se hizo, por tanto, prioritaria frente a la movilidad o a la protección lateral y trasera. Por otra parte, Cartledge considera que la información literaria e iconográfica es demasiado incierta como para establecer argumentos firmes, mientras que la amplia gama de cambios políticos, económicos y sociales surgidos entre la segunda

mitad del siglo VIII y la primera mitad del VII a. C. permiten explicar los efectos revolucionarios que la falange tuvo sobre la *pólis*. El crecimiento demográfico y la presión sobre la tierra acrecentaron el interés en la superficie cultivable y obligaron a la aristocracia a renunciar a su predominio militar; el éxito dependía ahora de la movilización para el combate del mayor número posible de hombres, aunque la proporción de campesinos con riqueza suficiente para costear el equipamiento representase todavía menos de la mitad de la población ciudadana de la comunidad. Entre 675 y 650 a. C., todas las principales *poléis* adoptaron la falange para defender la mayor cantidad posible de tierra.

En los últimos treinta años, la línea gradualista ha tratado de dismantlar todos y cada uno de los aspectos de la ortodoxia hoplita. Por un lado, algunos gradualistas sostienen que la reforma hoplita se produjo en un momento temprano del siglo VII a. C., pero niegan que el sector hoplita pudiese haber desarrollado la confianza y la experiencia necesarias para acometer cambios políticos y sociales revolucionarios. Los revisionistas han dedicado los mayores esfuerzos, sin embargo, a cuestionar la propia idea de una reforma significativa de las tácticas de combate durante la época arcaica. Krentz ha propuesto no solo que la guerra hoplita atravesó un largo periodo de transición antes de alcanzar la forma que describe Tucídides en la época clásica, sino también que este tipo de combate conllevó, a lo largo de su historia, un despliegue mucho más abierto de las tropas y consistía en combates cuerpo a cuerpo entre individuos o grupos reducidos en las filas delanteras. Los hoplitas, por tanto, no pretendían mantener la cohesión de la línea, sino que buscaban romper la falange enemiga y mantenían una distancia mayor entre ellos de lo que la teoría tradicional podía concebir. Krentz ha cuestionado también la idea de que el escudo hoplita de doble abrazadera fuese menos fácil de maniobrar que el modelo de un solo asa.

En este contexto, un importante artículo de Cawkwell en 1989 llegó a la conclusión de que la visión ortodoxa sobre el combate hoplita era demasiado rígida: es posible que las formaciones avanzasen en orden compacto hacia la batalla, pero, en la práctica, necesitarían más espacio para luchar, por lo que la falange debió de ser lo suficientemente flexible como para permitir a los hoplitas emplear las habilidades que, según fuentes como Jenofonte o Platón, entrenaban y utilizaban en combate. La iconografía muestra también un orden de batalla abierto y mayor variedad en el estilo y la técnica de lo que parecen sugerir las fuentes literarias.

La crítica más sistemática a la ortodoxia hoplita, sin embargo, ha venido de la mano de Van Wees, quien aboga por una vía intermedia entre los gradualistas y los revolucionarios. Sostiene que la falange mostraba menor cohesión y se desarrolló a lo largo de un periodo mucho más largo que las dos o tres generaciones que proponen la mayoría de los gradualistas. No

hubo, afirma, ningún cambio significativo en las tácticas de combate entre los siglos VIII y VII a. C, y, en la medida en que Homero puede considerarse una fuente histórica, el sistema de combate que se describe en la *Iliada* muestra una llamativa semejanza con la falange más temprana. Es posible que fuese el combate masivo, y no necesariamente la formación compacta de la falange, lo que socavase el poder de la aristocracia y pusiese en marcha el cambio social y político.

Las tesis presentadas en *The Western Way of War* y *The Other Greeks* reafirman la tradición detallada en la «gran narrativa hoplita». En *The Western Way of War*, Hanson ofrece la descripción más gráfica posible, extraída de las fuentes antiguas, de la experiencia del combate en la falange y considera poco convincentes los intentos por demostrar que la lucha era abierta y fluida y que consistía en escaramuzas individuales en lugar de en un movimiento colectivo de empuje. En sus argumentos, advierte sobre la incomodidad y el enorme peso de la panoplia hoplita, sobre todo del casco y del escudo. Acepta que, antes de la total adopción de la panoplia, debió de existir algún tipo de combate en masa menos rígido, pero considera inconcebible que guerreros equipados con la panoplia hoplita combatesen en una formación que no fuese la falange. Las batallas eran breves y se basaban en la colisión de formaciones de infantería pesada que intentaban romper la falange enemiga, o al menos empujarla fuera del campo de batalla; la idea era limitar la matanza mediante un encuentro decisivo que permitiese a los guerreros, campesinos y ciudadanos al mismo tiempo, regresar a sus campos con un mínimo trastorno en su ritmo de vida. Las guerras se convirtieron en una sucesión de batallas campales muy ritualizadas para dirimir disputas sobre el control de la tierra cultivable y entre sus principales elementos se encontraba el despliegue de las tropas en formaciones compactas, la acumulación de escudos, la carga a través de un campo de batalla llano, la colisión y el empuje de ambos frentes y, finalmente, el colapso y la huida de uno de ellos. En su opinión, el sistema de combate hoplita permaneció prácticamente inalterado durante más de dos siglos, desde su nacimiento hasta el siglo V a. C.

La visión de Hanson sobre el hoplita se diferencia de la de sus predecesores en dos aspectos fundamentales: primero, que la preferencia de los ejércitos occidentales por batallas decisivas comenzó con la falange griega arcaica, y segundo, que el elemento que determinó la naturaleza y los valores de esa clase media que aportaba sus propias armas para luchar por la comunidad era la agricultura intensiva; estos *georgoi* conformaron los ideales, las instituciones y la cultura que dio origen a la *pólis*, una comunidad que, a diferencia de cualquier otra civilización anterior, combinaba las milicias ciudadanas y el imperio de la ley. Ello conllevaba la existencia de una amplia clase media de pequeños propietarios de tierras que se reunían en la asamblea y decidían con su voto las leyes y las políticas interior

y exterior. El estatus de estos pequeños propietarios ascendió a medida que el crecimiento demográfico de los siglos IX y VIII a. C. provocó una revolución en la agricultura que sustituyó la economía pastoril de la Época Oscura por el cultivo intensivo de tierras marginales, lo que a su vez propició un incremento de la propiedad privada. En ese contexto, los *georgoi* pudieron asumir los riesgos que conllevaba el cultivo de tierras improductivas con técnicas tradicionales y crearon el ritual de la guerra hoplita para solventar sus disputas de forma que no peligrara su modo de vida agrario. Los *georgoi* y su ideología agraria se convirtieron en el motor de la revolución hoplita a comienzos del siglo VII a. C.

En la última década, los especialistas han cuestionado seriamente la ortodoxia hoplita en general y el modelo de Hanson en particular: algunos gradualistas, por ejemplo, han llevado la fecha de la introducción de la falange al siglo V a. C. argumentando que los hoplitas vestían un equipamiento más ligero y tenían mayor movilidad de lo que permitía la visión tradicional; han cuestionado también la idea de que las falanges fuesen formaciones rígidas que colisionasen unas contra otras al comienzo de la batalla y han tratado de rebatir la idea del empuje colectivo. Otra variante del revisionismo ha empleado la *Iliada* para sugerir que en el siglo VIII a. C. existió una forma de «protofalange», que reduce, de este modo, la relevancia de la adopción de la panoplia hoplita en el siglo siguiente; según esta teoría, no hubo reforma (mucho menos revolución) hoplita que provocase cambios en las estructuras políticas y sociales de la *pólis*. Van Wees, por ejemplo, observa en su análisis de la iconografía y de las elegías de Tirteo una gran continuidad en el estilo de combate fluido entre esta «protofalange» y la guerra hoplita temprana. Los hoplitas, por tanto, no surgieron repentinamente en el siglo VII a. C. para apoyar a los tiranos y romper el predominio de la aristocracia, sino que la guerra y la política de las comunidades griegas siguieron siendo, en gran medida, una prerrogativa de la élite hasta el siglo V a. C., y cuando esos cambios finalmente ocurrieron los hoplitas tuvieron poco que ver en ello. Foxhall, por otra parte, ha empleado las prospecciones arqueológicas para rechazar la existencia de un grupo amplio de medianos campesinos, como propone la ortodoxia, y ha afirmado, en cambio, que el campo permaneció deshabitado en muchas regiones hasta bien entrado el siglo VI a. C. y que las mejores tierras se explotaban cerca de los asentamientos, sin que puedan encontrarse pruebas de la existencia de técnicas de agricultura intensiva o del cultivo de tierras marginales.

El objetivo de la conferencia de Yale era reunir a los principales especialistas de ambas escuelas de pensamiento, ortodoxa y revisionista, para analizar la situación actual del tema, que se halla en una encrucijada crucial. Las posibilidades eran varias: primero, todo el mundo podría haber aceptado que la narrativa hoplita tradicional era la correcta y no era, por tanto, necesario reescribir los libros de texto; segundo,

los revisionistas podrían haber convencido a los ortodoxos de que su visión contenía fallos graves, en cuyo caso habría que reconocer que, en realidad, sabemos poco o nada sobre la aparición de la ciudad y de la cultura griegas, que los hoplitas no tuvieron nada que ver con el proceso, o al menos que lo que creíamos que sabíamos estaba equivocado, y que una teoría alternativa podría explicar mejor las principales dinámicas del periodo formativo de Grecia; y tercero, los principales elementos del modelo tradicional podrían haberse combinado con las nuevas perspectivas en una gran síntesis que trajese una verdad superior. A pesar de reconocer la existencia de muchos puntos en común entre los participantes, ninguna de esas posibilidades se cumplió en el congreso: en lugar de trabajar en favor de un consenso, cada bando se atrincheró en sus posiciones en respuesta a la investigación más reciente.

En la conferencia de apertura, Paul Cartledge estableció el marco del debate; se organizaron mesas redondas en las que dos especialistas debatían aspectos esenciales de la ortodoxia a la luz de las revisiones recientes: en la primera mesa, Kurt Raaflaub y Gregory Viggiano analizaron si una revolución hoplita transformó el mundo griego en el siglo VII a. C. o no; en la segunda, Peter Krentz y Adam Schwartz presentaron visiones contrapuestas sobre la relevancia del equipamiento hoplita y la manera en la que los hoplitas luchaban en la Época Arcaica; en la tercera, Anthony Snodgrass revisó las teorías actuales sobre la temprana guerra griega y John Hale analizó el papel de los mercenarios griegos en los siglos VII y VI a. C.; en la cuarta, Hans van Wees sometió *The Other Greeks* a crítica y propuso que la revolución agraria tuvo lugar en Grecia siglos más tarde de lo afirmado por Victor Davis Hanson, quien, por su parte, explicó por qué la ortodoxia es todavía la visión ortodoxa. El acto terminó al tercer día con un debate que abordó los temas discutidos a lo largo de la conferencia. Los capítulos de este volumen son los borradores revisados de las comunicaciones presentadas en Yale, aunque a menudo contienen el espíritu original en el que fueron elaboradas.

Paul Cartledge advierte y celebra en su intervención el cambio de los últimos treinta años en los estudios de la guerra griega antigua, desde cuestiones «estrictamente técnicas» a perspectivas sociopolíticas, por lo que el estudio ya no es un ejercicio abstracto de historia militar, sino una «historia totalizadora de la guerra y la sociedad». Cartledge descubre también cómo su propia visión ha cambiado (o no) desde su primera publicación sobre el tema y sienta las bases de las restantes intervenciones al plantear una serie de cuestiones fundamentales: ¿cuáles son las variables o factores, relacionados causalmente, que conectan la evolución del fenómeno hoplita con la aparición de la *pólis*? ¿Pueden los numerosos problemas de fuentes impedirnos comprender esos factores? ¿Qué fue lo que transformó el combate en masa en combate en falange?

¿Existió una «ideología» hoplita? ¿Tenía razón Aristóteles al establecer una conexión entre la guerra y la evolución de la política en Grecia? Teniendo en cuenta la naturaleza de las fuentes, Cartledge recomienda una aproximación teórica al vínculo inextricable entre la guerra y la política en las comunidades griegas.

Anthony Snodgrass, por su parte, establece el marco cronológico para la historia de la guerra hoplita y analiza el impacto que los estudios sobre la guerra homérica han tenido sobre la ortodoxia desde el innovador trabajo de Latacz. Afirma que hubo, en efecto, una «reforma hoplita», a pesar de que algunos especialistas afirmen que el combate en la *Iliada* y el combate hoplita son idénticos; repasa los problemas planteados por los testimonios iconográficos y arqueológicos, en particular las ofrendas de armas en los santuarios de Olimpia y Delfos, así como las diversas interpretaciones filológicas e históricas que se han aplicado a las fuentes literarias. Snodgrass advierte también del potencial impacto que el modelo evolutivo de Nagy acerca de la creación de los poemas épicos puede tener sobre el uso que se hace de ellos para comprender la guerra arcaica y su relación con la *pólis*. Reafirma, asimismo, su posición gradualista con respecto a la reforma hoplita y subraya los puntos en común, a menudo ignorados, entre los participantes en el debate. La pervivencia del hoplita en la Época Helenística, concluye, desafía cualquier lectura simplista del fenómeno.

La mayor parte del contenido de la intervención de Kurt Raaflaub en Yale acerca de la naturaleza del combate en masa en la *Iliada* ha aparecido ya en otras publicaciones, pero nos alegramos de poder incluir en este volumen sus ideas sobre el combate griego de infantería en época temprana en su contexto Mediterráneo. Raaflaub considera la aparición de la guerra hoplita como parte de un largo proceso interactivo asociado con la aparición de la *pólis*: esta, afirma, evolucionó junto con sus instituciones, su pensamiento político y sus prácticas militares entre los siglos VIII y V a. C. y, a pesar de los intensos contactos con los estados del Próximo Oriente, los griegos desarrollaron la falange al margen de cualquier influencia oriental durante los siglos VIII y VII a. C.; Raaflaub analiza los ejércitos, armas, formaciones y tácticas de asirios y persas y concluye que no representan un modelo para el equipamiento y el estilo de la infantería griega, por lo que, al no haber un precedente próximo-oriental, los griegos debieron de haber inventado el escudo de doble abrazadera para emplearlo en la falange, ya existente en Grecia, a la que el hoplita estaba destinado desde el principio. Raaflaub, por tanto, rechaza, por un lado, la idea de Van Wees del combate homérico y hoplita como un sistema de pequeñas bandas de guerreros organizadas de forma flexible y articuladas en formaciones abiertas, pero, por otro lado, es un «gradualista» en la medida en que piensa que la falange evolucionó durante un amplio periodo

de tiempo con muchos otros factores, demasiados como para generar una «revolución» en el tipo de combate o en la sociedad.

Gregory Viggiano rebate la noción de que cualquier argumento esgrimido en los últimos años puede utilizarse para rebajar la fecha tradicional del origen de la *pólis* o para rechazar la ortodoxia hoplita y reafirma los elementos básicos de la teoría, que tiene su inicio en la *Política* de Aristóteles, para, a continuación, ponerla a prueba frente a las tesis revisionistas. Para Viggiano, la idea de que los griegos pudieron inventar armas tales como el escudo de doble abrazadera o el casco corintio y destinarlos a un propósito contrario a su diseño es poco convincente. El cambio en el estilo de combate y las tácticas ofrece la mejor explicación a la transformación de los valores griegos, desde la poesía épica de Homero a las elegías marciales de Tirteo, así como a la aparición de los primeros tiranos. Viggiano discute también la reciente pretensión de que las prospecciones arqueológicas hayan descartado la existencia de una abundante clase de medianos campesinos a finales del siglo VIII y comienzos del VII a. C. y considera que, a pesar de las lagunas de información, se puede construir una imagen clara de la forma en que surgió la *pólis*, sin omisiones ni contradicciones entre las fuentes literarias, arqueológicas y epigráficas.

Peter Krentz se centra en la popular e influyente imagen que *The Western Way of War* presenta sobre el combate hoplita y critica la visión ortodoxa (y especialmente la de Hanson) acerca del peso real de la panoplia hoplita, que él considera mucho más ligera que los aproximadamente 30 kg que, tradicionalmente, se estiman. Krentz propone una interpretación diferente de las diversas fases de la batalla hoplita, como la carga: en su opinión, la información existente no permite sostener la imagen de una colisión masiva entre ambos ejércitos, ni la idea de un empuje colectivo, o la presentación del *othismós* como una melé propia del rugby. Algunos revisionistas, como Van Wees, niegan que los hoplitas combatesen en formación cerrada hasta el siglo V a. C., pero Krentz sostiene que la falange no estaba formada únicamente por hoplitas antes de Maratón y llega a sugerir, incluso, que estos no combatían en formación cerrada ni siquiera durante el siglo V a. C.

Adam Schwartz aborda la cuestión del equipamiento hoplita desde una perspectiva radicalmente diferente a la de Krentz: defiende que los elementos característicos del hoplita eran la lanza y, sobre todo, el escudo de doble abrazadera y que, mientras que los restantes elementos de la panoplia atravesaron numerosos cambios e innovaciones a lo largo de los siglos, estos permanecieron básicamente inalterados a lo largo de todo el periodo hoplita. Schwartz argumenta que los griegos conservaron el diseño original del escudo (circular, cóncavo y con un diámetro de en torno a un metro) porque servía, fundamentalmente, para un propósito específico: el combate en formación cerrada en la falange. Presenta un

análisis detallado del escudo etrusco de Bomarzo, uno de los pocos ejemplares de escudo hoplita que nos han llegado, más o menos intactos, de la Antigüedad, así como una serie de fuentes que atestiguan la voluminosa carga del escudo hoplita, lo que le lleva a concluir que su peso, su forma y su amplia superficie lo convirtieron en un objeto particularmente incómodo de sostener. Schwartz compara también el escudo hoplita con escudos de cuerpo entero similares empleados por las unidades antidisturbios de la policía danesa, lo que añade una nueva dimensión al debate sobre las tácticas y el manejo del escudo en combate. En su opinión, además, los restos óseos de la Grecia antigua prueban que los hoplitas eran más pequeños en relación con su equipamiento que los hombres occidentales modernos, lo cual afecta mucho a la suposición de que eran totalmente comparables.

John Hale rebate las dos principales teorías sobre el contexto en el que surgió la guerra hoplita: para él, el origen de las tácticas y el equipamiento griegos de Época Arcaica no puede situarse ni en la clase acomodada de aristócratas que competían por el estatus social y político ni en los ciudadanos y soldados de clase media que defendían sus propiedades, sino que hay que buscar a los hoplitas luchando como mercenarios al servicio de los monarcas orientales de regiones como Siria, Egipto o Babilonia, guerreros de fortuna que combatían por botín y gloria y no para defender una ideología o un código ético ciudadano. Hale encuentra testimonios para sostener su tesis en la poesía lírica, en las inscripciones, en la cerámica y en los restos de armamento hoplita descubiertos fuera de Grecia y considera el mercenariado como el «acontecimiento principal» en la historia militar griega del siglo VII a. C., en contraposición a las batallas entre comunidades, mucho menos frecuentes. En su opinión, el paralelo histórico más próximo a estos guerreros de fortuna griegos serían los vikingos de los siglos IX y X pues, como ellos, los mercenarios griegos no solo perseguían riquezas a través del combate, sino que fundaron también comunidades nuevas a lo largo del Mediterráneo.

Gran parte del debate sobre el origen de la *pólis* gira en torno a la cuestión de la aparición de un grupo de medianos campesinos a finales del siglo VIII a. C. Hanson, tal vez más que cualquier otro, ha incidido en el surgimiento de pequeños campesinos independientes que podían costearse el equipamiento hoplita y así servir en la falange y exigir una mayor participación en el poder político; Van Wees, por su parte, sitúa la evolución de la falange y la aparición del mediano campesino hoplita a finales del siglo VI a. C. y afirma que solo los miembros de la élite servían como hoplitas antes de ese momento, combatiendo junto con individuos de inferior condición que actuaban como infantería ligera en una formación abierta y fluida. Una línea reciente de investigación analiza el paisaje griego a través de prospecciones arqueológicas, técnica que se ha perfeccionado en los últi-

mos treinta años, por lo que invitamos a Lin Foxhall a valorar qué pueden aportar las prospecciones a la cuestión de la aparición de una nueva clase de pequeños campesinos en la Época Arcaica. Foxhall comienza con una breve historia de la disciplina y explica cuáles son las ventajas e inconvenientes de emplear sus hallazgos para el análisis histórico. Su estudio abarca ocho proyectos de prospección por toda Grecia, entre ellos Beocia, la Argólida, Laconia y Pilos, desde el periodo Geométrico a la Época Helenística, y sugiere que la visión que la arqueología presenta sobre los ciudadanos, soldados y propietarios de tierras es diferente a la del registro histórico: las prospecciones no indican la existencia de un paisaje densamente poblado por pequeños campesinos ni en el siglo VIII a. C. ni, en gran medida, tampoco en el VI.

Hans van Wees cuestiona la «gran narrativa» de *The Other Greeks*, que considera errónea en aspectos fundamentales: Hanson presenta los cambios económicos y sociales que siguieron al ascenso del pequeño campesino independiente en el siglo VIII a. C. como el motor de la historia política y militar de la Grecia antigua, pero para Van Wees ese proceso tuvo lugar, en realidad, dos siglos más tarde; lo que existía desde mediados del siglo VIII a. C. era una clase de propietarios acomodados que no trabajaban las tierras por sí mismos sino que supervisaban la labor de un amplio sector de jornaleros y esclavos de estatus inferior; el predominio de esta clase acomodada, que abarcaba el 15-20 por ciento de la sociedad y competía entre sí por el estatus, duró unos dos siglos y a ella se unieron en el servicio en la milicia hoplita los pequeños campesinos cuando estos aparecieron a finales del siglo VI a. C. Van Wees duda de que estos campesinos realmente pusiesen en marcha una revolución cuando se integraron en la falange y considera que, si propiciaron cambios políticos, fue en combinación con el ascenso de los remeros de los trirremes.

Victor Hanson, por otro lado, defiende la ortodoxia de los diversos intentos por someterla a revisión en los últimos veinte años, en particular por parte de Krentz y Van Wees, y parte de las dificultades inherentes al estudio de los orígenes y la naturaleza del combate hoplita por la ausencia de descripciones en prosa de batallas campales antes de Maratón: el especialista debe valerse de fuentes como Homero y la poesía lírica, lo que dificulta la distinción entre descripciones realistas y expresiones metafóricas, mientras que las escenas de la pintura vascular no son fáciles de fechar y son prácticamente incapaces de representar una falange en la perspectiva adecuada. A pesar de todo ello, la «gran narrativa hoplita» se ha consolidado a lo largo de dos siglos de investigación en la mayoría de historias de Grecia; Hanson opina que el éxito de la ortodoxia reside en el hecho de que refleja mejor los testimonios de combate en falange, así como el papel social, económico y político del hoplita. En su intervención, responde a los recientes ataques contra la idea de que los hoplitas

constituían una clase media, a la pretensión de que los hoplitas combatían en una formación abierta y fluida y a la propuesta de que la falange fue una innovación tardía. Además, repasa el debate sobre el peso de la panoplia hoplita, así como algunos aspectos clave de la narrativa tradicional de la batalla campal, tales como el ataque en carrera, la colisión frontal y el papel de la masa y la densidad en la resolución de los enfrentamientos hoplitas.

No esperamos, como editores de este volumen, que los siguientes artículos pongan fin al debate sobre el equipamiento hoplita, sus tácticas o su relación con la aparición de la *pólis* y con cuestiones más generales de la cultura griega; el objetivo de la conferencia, en cambio, era comprobar hasta qué punto se mantiene en pie la ortodoxia frente a las recientes críticas de la investigación. En segundo lugar, pretendíamos forzar a los revisionistas a clarificar sus posturas con vistas a ofrecer un paradigma coherente que pudiese plantearse como una alternativa plausible. El objetivo real, por tanto, es abrir un debate que, en la práctica, puede conducir o bien a una reafirmación de la teoría tradicional, o a nada menos que la completa reelaboración de la historia de la temprana *pólis* griega.

---

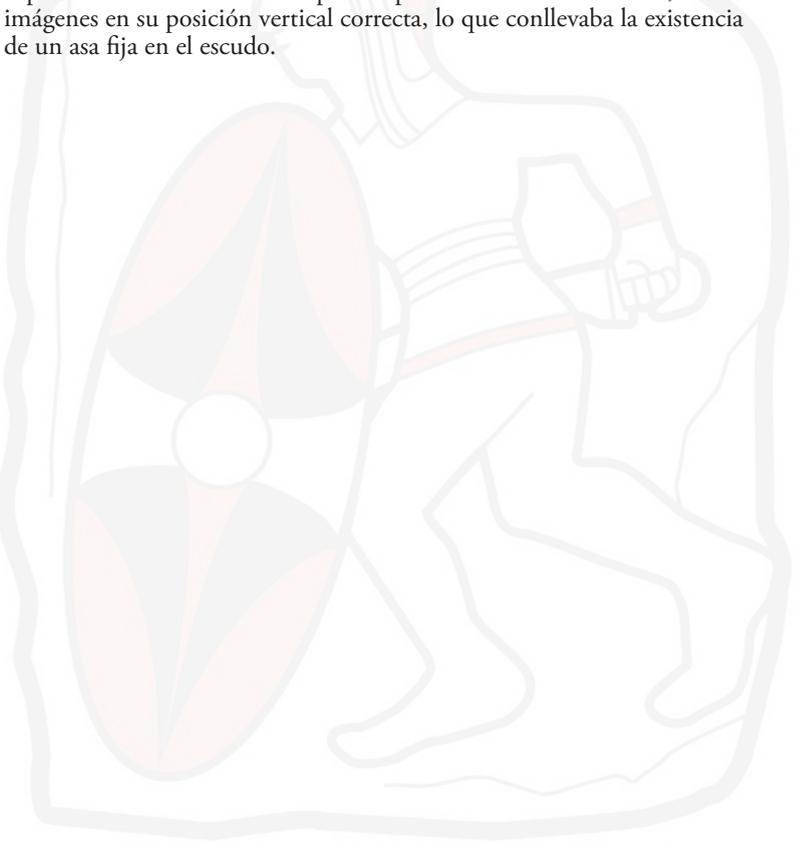
## NOTAS

1. El término «Época Oscura» es controvertido en la actualidad y algunos especialistas prefieren hablar de la «Primera» o «Temprana Edad del Hierro».
2. La expresión «sector medio» es tal vez preferible al término «clase» (por ejemplo, en «clase media»), que encierra connotaciones desafortunadamente anacrónicas. A pesar de todo, las expresiones «clase media» o «mediana» se emplean a menudo y no deberían plantear problemas mientras que se tenga en cuenta su contexto antiguo.
3. *Vid.* Prólogo.
4. A continuación se realiza una breve síntesis de la historia de la ortodoxia hoplita. El Capítulo 1 contiene un análisis más extenso y detallado de las cuestiones que se abordan en este volumen; el Capítulo 2 ofrece un estudio de la iconografía.
5. Helbig (1911) fue el primer historiador en analizar el Vaso Chigi en relación con la falange.
6. Trabajos posteriores han concluido que las figurillas de plomo no corresponden al siglo VIII a. C., ni siquiera a comienzos del VII (aunque ni Nilsson ni Lorimer lo sabían). Boardman rebajó la cronología de la compleja estratigrafía del yacimiento en 1963 (J. Boardman, 1963, «Artemis Orthia and chronology», *BSA* 58:1-7), corrección que es aceptada por lo general. Boardman advierte que ninguna figurilla de guerrero es anterior a mediados del siglo VII a. C. (Boardman 1963: 7): las figurillas aparecen en los estratos de Plomo I, II y III, la mayoría

por encima del estrato de arena (algunas debajo) que Boardman fecha en torno a 570/560 a. C. (A. Wace, 1929, «The lead figurines», pp. 249-284, en R. M. Dawkins, *The Sanctuary of Artemis Orthia*, JHS Suppl. 5, London). Ello implica que la inmensa mayoría de las figurillas de «hoplitas» debe fecharse en el siglo VI a. C. Por otra parte, aquellos especialistas que emplean estas figurillas como prueba de la existencia de hoplitas deberían tener en cuenta la presencia de ejemplares de arqueros (por ejemplo, Dawkins 1929: pl. CLXXXIII.16, 17) y de guerreros de armamento ligero (por ejemplo, Dawkins 1929: pl. CLXXXIII.i8, 26) ya en el estrato de Plomo I y a lo largo de toda la secuencia.

7. Sylvia Benton (1953, BSA 48: 340) señaló que ciertos emblemas en las superficies de los escudos solo podían presentarse de una manera, con las imágenes en su posición vertical correcta, lo que conllevaba la existencia de un asa fija en el escudo.

DESPERTA FERRO



EDICIONES

DESPERTA FERRO

Libro completo [aquí](#)

EDICIONES



*Hombres de bronce* aborda uno de los temas más importantes y debatidos de la historia clásica: ¿cómo luchaban los hoplitas griegos y qué papel, si lo hubo, tuvo la guerra hoplítica en la conformación de la *pólis* griega?

Esta obra plasma los apasionados debates y controversias mantenidos durante el congreso que, en abril de 2008, se celebró en la Yale University, que reunió a los principales especialistas de la materia para avanzar en el debate y llevarlo a un público más amplio. Los autores, Paul Cartledge, Lin Foxhall, John R. Hale, Victor Davis Hanson, Donald Kagan, Peter Krentz, Kurt Raaflaub, Adam Schwartz, Anthony Snodgrass, Hans van Wees y Gregory Viggiano, además de explicar el contexto histórico y la importancia de la cuestión hoplita, proporcionan nueva evidencia, explicaciones y teorías sobre el origen, la naturaleza, la estrategia y la táctica de la falange hoplita y su efecto en la sociedad y cultura griegas y en el nacimiento y desarrollo de la *pólis* y sus instituciones.

Un libro imprescindible para conocer uno de los aspectos axiales de la Grecia clásica, cuya sombra sigue proyectándose hoy en las concepciones occidentales acerca de la guerra.

ISBN: 978-84-945187-5-1



9 788494 518751

P.V.P.: 24,95 €

**HISTORIA  
ANTIGUA**